

FUIMOS NOSOTRAS

Las primeras parlamentarias
de la democracia

MAGIS
IGLESIAS



DEBATE

Fuimos nosotras

Las primeras parlamentarias de la democracia

MAGIS IGLESIAS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Susana Olmo, colega y amiga,
por tantas horas compartidas en el Parlamento,
in memoriam*

*A Manuel y Claudia, porque ellos
construirán el futuro*

Reconozco que es una arrogancia y una tozudez, pero el vicio de escribir siempre se alimenta, en última instancia, de estos dos defectos.

CARMEN MARTÍN GAITE,
Usos amorosos de la postguerra española, 1987

La nobleza de nuestra profesión siempre tendrá sus raíces en dos compromisos difíciles: negarse a mentir sobre lo que uno sabe y resistirse a la opresión.

ALBERT CAMUS, discurso en Estocolmo
al recibir el Premio Nobel, 10 de diciembre de 1957

Nada se consigue definitivamente. Bastará con una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres sean cuestionados. Toda vuestra vida, deberéis permanecer vigilantes.

SIMONE DE BEAUVOIR, extraído de Claudine
Monteil, *Simone de Beauvoir. Modernité et engagement, 2004*

PRESENTACIÓN

De 27 a 240 en 40 años

Cuando hacemos balance de nuestras cuatro primeras décadas de democracia constitucional y comprobamos el enorme salto histórico que, en términos de progreso y modernización, ha vivido España durante este tiempo, uno de los avances que con más motivo nos enorgullece es, sin duda, el referido a la igualdad real de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres. Si bien es verdad que aún no hemos cumplido totalmente ese gran objetivo, pues todavía queda bastante tarea por delante, no es menos cierto que hoy estamos muchísimo más cerca de alcanzarlo que en 1976, cuando la sociedad española inició su andadura democrática.

Por su efecto tractor del conjunto de la sociedad, además de por lo que supone como indicador de calidad democrática, la incorporación activa de las mujeres a la vida política es un factor decisivo para la consecución de la plena igualdad entre géneros. El establecimiento del sufragio femenino en 1931, que debemos a la incansable lucha de la diputada Clara Campoamor, fue un hito fundamental en el largo y dificultoso camino que nos ha llevado hasta el día

de hoy, cuando la presencia de mujeres en puestos de máxima responsabilidad política, tanto en el poder ejecutivo como en el legislativo, ya es algo absolutamente normal.

Con acierto y oportunidad, Magis Iglesias ha llevado a cabo un ambicioso trabajo de recopilación de las biografías humanas y políticas de las mujeres que, entre 1977 y 1979, formaron parte de las Cortes Constituyentes, como diputadas o como senadoras. Además, en lo que supone una importante aportación al campo de la historia oral, ha entrevistado a casi todas las parlamentarias que todavía están entre nosotros, recogiendo así sus valiosos testimonios sobre ese periodo clave de nuestra Transición.

En la Constitución de 1978 aparecen los nombres de aquellas 27 mujeres. Aunque militaran bajo distintas siglas políticas, todas ellas coincidieron en su afán por defender y hacer efectivos los derechos de las mujeres, poniendo las bases de un sistema democrático avanzado en el que la perpetuación de cualquier forma de discriminación injusta nos resulte absolutamente intolerable. Y gracias a esa determinación, a su coraje frente a todos los obstáculos que hubieron de afrontar, hoy, cuarenta años después, ya no son 27, sino cerca de 240 las mujeres presentes en las dos Cámaras parlamentarias de nuestras Cortes Generales — casi un 40 por ciento de la cifra total—, como parte de una tendencia que ha ido acelerándose con el correr de las legislaturas y que nos sitúa muy cerca de una paridad real.

El ejemplo y, también, en cuanto ha sido posible, la propia voz de las primeras 27 mujeres parlamentarias de nuestra historia democrática contemporánea quedan reunidas en las páginas este libro. Estoy seguro de que recorrerlas

nos ayudará a todos los hombres y mujeres de hoy a saber apreciar el incalculable valor de nuestros derechos y libertades, y nos servirá como estímulo para seguir avanzando en su fortalecimiento del único modo posible: en pie de igualdad.

PÍO GARCÍA-ESCUADERO,
presidente del Senado de España

PRÓLOGO

Fuente de inspiración

Desde el 8 de marzo de 2017, el busto de Clara Campoamor preside uno de los escritorios del palacio del Congreso próximos al hemiciclo para darle el protagonismo que merece a la persona, que, sin duda, mejor representó y defendió el reconocimiento de los derechos políticos de la mujer.

«Resolved lo que queráis, pero afrontando la responsabilidad de dar entrada a esa mitad de género humano en política, para que la política sea cosa de dos, porque sólo hay una cosa que hace un sexo solo: alumbrar; las demás las hacemos en común, y no podéis venir aquí vosotros a legislar, a votar impuestos, a dictar deberes, a legislar sobre la raza humana, sobre la mujer y sobre el hijo, aislados, fuera de nosotras», dijo la entonces candidata a diputada. A pesar de tener casi un siglo de vida, la cita es de plena actualidad, pues, aunque la igualdad entre sexos está recogida en el conjunto de nuestra normativa, las mujeres seguimos reclamando que sea plenamente efectiva.

La lucha de las mujeres por el reconocimiento de los derechos políticos y civiles se lo debemos también a un grupo de mujeres que, como Clara Campoamor, desempeñaron

un papel indispensable en esa conquista. Como indispensables son las mujeres protagonistas de la legislatura constituyente, algunas de cuyas vidas recoge por vez primera la reputada periodista Magis Iglesias.

Veintisiete mujeres que representan, con excepcionales méritos, la invaluable contribución hecha por nuestras mujeres al progreso de España y a la construcción y el funcionamiento de nuestro sistema democrático. Mujeres que abrieron para todos nosotros las puertas de esa España moderna y libre a la que hoy pertenecemos.

Nombres de extraordinarias mujeres que se repartían entre las diversas fuerzas políticas, y que, sin embargo, supieron anteponer a cualquier interés particular el bien común de los españoles, por lo que merecen ser recordadas con especial aprecio y admiración.

Son —como a veces han sido llamadas con justicia— las «madres de la Constitución». Las voces femeninas que aportaron su criterio, su conocimiento jurídico y su talento político al trabajo de aquellas primeras Cortes elegidas democráticamente, y que fueron las encargadas de redactar nuestra Ley Fundamental.

Sus recuerdos y sus sensaciones, que siguen vivos a pesar de los años transcurridos; de manera muy especial, su tesón y su sacrificio representan toda una gran lección de vida para todas las que hoy tenemos distintas responsabilidades políticas, para las jóvenes que van a coger el relevo y para que todos aprendamos a valorar lo que ellas hicieron incluso en situaciones tan adversas. Dedicar el tiempo preciso para acumular las memorias de catorce de esas valiosas mujeres y saber plasmar con capacidad de síntesis y

realismo esas vivencias ha constituido un ejercicio de maestría por parte de su autora.

El libro no sólo tiene un especial valor por ver la luz cuando se cumplen cuarenta años de la aprobación de nuestra Constitución, sino que le aportará volumen al conjunto de documentos orientados a mantener viva esa lucha de las mujeres por ocupar el lugar que nos corresponde en todos los ámbitos y, también, cómo no, en la vida política.

Espero que la suma de estos relatos sirva como fuente de inspiración para sus hijas, sus nietas y para el resto de mujeres que, habiendo nacido en un periodo de libertades, bajo el amparo de la Constitución, siguen, seguimos viendo que, a pesar de haber alcanzado la igualdad legal, falta mucho para lograr una verdadera igualdad entre mujeres y hombres.

ANA PASTOR,
presidenta del Congreso de los Diputados

INTRODUCCIÓN

Antes de que se me olvide

Crecí escuchando historias de la guerra a mis tíos abuelos, que hablaban sin parar de la maldad de los falangistas y sus paseíllos, las traiciones entre vecinos, los maestros nacionales delatores de sus predecesores, las trincheras de la batalla del Ebro o la toma de la Ciudad Universitaria de Madrid. De todos estos relatos —en los que se mezclan ideologías de distinto signo—, dos fueron los que más mella hicieron en mi ánimo, y ambos están relacionados con rencores domésticos. El primero y más impresionante, la bravata de mi poderosa abuela Livia, cuando echó violentamente de la casa familiar al párroco porque había dado informes negativos de su hermano Odilo, un chico de la «quinta del biberón», al que estuvieron a punto de fusilar por la inquina del señor cura hacia este joven descreído, que no le iba a misa ni le entregaba las cartas debidamente cuando le tocaba ejercer de cartero en sustitución de mi bisabuelo. El segundo pertenecía a la memoria histórica de mi tío Benito, militar de los «nacionales» que tuvo que esconderse para que no lo enviaran a la División Azul como *voluntario*. Pasó su vida contando batallitas de la guerra, pero ninguna como

aquel enfrentamiento en Teruel donde pudo haber matado a su hermano Manolo, que combatía en la trinchera de enfrente con los republicanos. Ni uno ni otro dispararon un solo tiro en aquella batalla para no tener que llevar en la conciencia la duda de si habían herido o matado a quien llevaba su misma sangre.

La familia de mi madre vivía perfectamente integrada en el régimen franquista por la condición de guardia de asalto de mi abuelo Lino, quien llegó a tener a algún rojo de su aldea escondido en su casa. Mi padre no nos hablaba nunca de la guerra, a pesar de las penurias y enfermedades que tuvo que pasar su familia durante la contienda y la posguerra. La única anécdota que recuerdo es el hambre que pasaba y cómo la calmaba comiendo raíces de los árboles de los parques de la ciudad. Sólo cuando fue consciente de que vivía sus últimos días y la enfermedad ya lo había postrado, me habló del ingreso de su hermana en un hospital de tuberculosos en la Lanzada y sus penosos viajes a la isla de San Simón, cuando acompañaba a las mujeres de su barrio a llevar ropa y comida a los familiares presos en el campo de prisioneros que allí instalaron las fuerzas del régimen franquista.

No puedo decir que esas historias hayan marcado mi vida y nunca me parecieron demasiado relevantes hasta que descubrí, cuando llegué al Curso de Orientación Universitaria (hoy segundo de bachillerato) ya con diecisiete años, que España, donde yo había nacido, no era un país como los demás, que vivíamos en una triste e injusta dictadura, y que otro sistema político era posible. Todo ello, gracias a mi profesor de formación del espíritu nacional, que era

quien también impartía clases de sociología y economía en el colegio de los jesuitas. Nadie me había hablado nunca de nada parecido, ni en casa ni en el colegio de las monjas.

Como mis padres se atrevieron a mandar a mi hermana mayor a estudiar medicina a la Universidad de Santiago, parecía lógico que yo aspirara a coger el mismo ascensor social al que, por otra parte, mi padre —siempre tan fantástico e idealista— nos animaba cuando nos ponía como referencia el sistema soviético, en el que, al parecer, todo el mundo estudiaba gratis lo que quería y donde los taxis no eran un artículo de lujo, sino servicios compartidos entre varios usuarios. Por supuesto, mi madre tenía un sentido más prosaico y mucho más práctico de la vida, consecuencia de las estrecheces económicas que tuvo que sortear con cinco hijos e irregulares ingresos económicos. Cuando ambos me llevaron a Madrid para hacer el examen de ingreso en la facultad de Ciencias de la Información, la más cercana a Galicia de las tres que había para estudiar periodismo, mi padre estaba sin trabajo, pero no permitió que eso arruinara mi sueño. Tampoco mi madre se echó atrás cuando se marchó, aterrada, después de dejarme a las puertas de una facultad, rodeada por policías a caballo y con toda la avenida de la Complutense llena de furgonetas atiborradas de grises con casco. Eran los años setenta.

Llegué a Madrid cuando el movimiento universitario hervía en plena lucha contra el franquismo, había un policía en cada puerta del aula y casi a diario se organizaban asambleas, manifestaciones, protestas o mítines en los que los líderes políticos y delegados de curso nos parecían héroes por lo mucho que se arriesgaban. De vez en cuando, des-

aparecían unos días porque los habían detenido o se habían escondido. Eran del PCE, la LCR, el MCR, el FRAP... La primera vez que vi una pintada del PSOE fue sobre el hormigón visto de las paredes de las escaleras de la facultad; llevaba la «H» añadida, en plena disputa entre «históricos» y «renovadores» por la herencia de Pablo Iglesias. El primer curso fue una fantástica aventura política. Entre la facultad y los colegios mayores, donde vivía, recibí las mejores e inolvidables lecciones de política, continuación de las que tuve en COU.

Fueron experiencias compartidas, en lo fundamental, entre quienes formábamos parte de la juventud, avanzados los años setenta, y los españoles de mi generación que pertenecíamos a esas clases medias urbanas. Con lo que nos ha pasado después, terminada la carrera y desarrollada una trayectoria profesional y vital, hemos construido la historia de finales del siglo xx y principios del XXI. Nos ha tocado en suerte una etapa de muy intensas y extensas transformaciones de todo cariz, en la política, en la sociedad, en la familia en el espacio laboral y en el tecnológico. Pero el cambio que puede considerarse el más trascendente ha sido el que ha discurrido en paralelo entre la apertura a un régimen de libertades y el avance de las mujeres hacia una sociedad más igualitaria. No sólo como periodista, sino también como protagonista, creo que es mi deber contar a los que han nacido en democracia cómo lo hemos vivido, disfrutado y sufrido, en primera persona. Soy de las que piensan que quienes no conocen los errores del pasado están condenados a repetirlos, y quienes desconocen los logros alcanzados no saben valorarlos, por lo tanto, tampoco son